

## EL PSICOANÁLISIS DEL CUERPO ANIMADO

Gustavo Chiozza.

Como todos sabemos, el surgimiento del psicoanálisis significó un gran enriquecimiento para la psicología que, centrada en la conciencia, hasta entonces sólo podía distinguir entre pensamientos, recuerdos, juicios, actos volitivos y unas pocas cosas más. La conclusión más inmediata es que este enriquecimiento se debe a la postulación y exploración del psiquismo inconciente; planteo que significó extender las fronteras de la psicología mucho más allá de los estrechos límites de la conciencia.

Sin embargo, de acuerdo con Freud, suponer un psiquismo inconciente en sentido descriptivo es suponer, en lo inconciente, la existencia de un sujeto conciente de sí; en otras palabras, llevar a lo inconciente todo cuanto ya sabemos del psiquismo conciente. De modo que esto, por sí sólo, no alcanza para explicar el enriquecimiento del que hablábamos al principio. De hecho, según nos ilustra Freud, ni siquiera la idea de lo inconciente es original del psicoanálisis; muchos otros pensadores habían planteado con anterioridad la necesidad de un concepto de lo inconciente en psicología, pero lo hicieron *«de un modo tan impreciso e inasible que no pudo cobrar influjo alguno sobre la ciencia»* (1940 [1938], pág. 156).

Pero si no es a través del concepto de psiquismo inconciente, ¿qué es, entonces, lo que permitió al psicoanálisis hacer tantos aportes a la psicología? O dicho en otros términos, ¿en qué se diferencia el psiquismo inconciente que propone el psicoanálisis de aquellos otros planteos imprecisos e inasibles? A mi entender, la clave fundamental para responder estas preguntas está en la misma concepción de lo que el psicoanálisis entiende por psiquismo. Creo que el aporte más valioso y original de Freud fue concebir al psiquismo como algo anclado en el cuerpo. A los ojos del psicoanálisis, el alma ya no es algo etéreo y misterioso sino aquello que le da vida al cuerpo; que lo «anima» y lo convierte en cuerpo animado. A partir de esta concepción, Freud explora el psiquismo comenzando su descripción por las funciones más básicas que el sujeto adquiere luego del nacimiento; la participación de la boca en la función nutricia, del ano en la función excrementicia y de los genitales en la preparación de la función reproductiva, que acontecerá luego de la pubertad. Sin embargo, no descarta la posibilidad de que este limitado alcance inicial, en un futuro sea extendido a todo órgano y a toda función corporal.

En otras palabras, el aporte más valioso de Freud es haber creado una psicología de corte natural, donde el alma es concebida a imagen y semejanza del cuerpo. *«Mientras que la psicología de la conciencia nunca salió de aquellas series lacunosas, que evidentemente dependen de otra cosa, la concepción según la cual lo psíquico es en sí inconciente permite configurar la psicología como una ciencia natural entre las otras»* (1940a [1938], pág. 156). Visto

desde esta perspectiva, la idea de un psiquismo inconciente es el medio necesario para alcanzar la meta fundamental: un psiquismo concebido a partir de un modelo natural. Esto mismo parece desprenderse de lo afirmado por Freud en uno de sus últimos escritos cuando, de manera un tanto oscura, sostiene que lo genuinamente psíquico es lo inconciente pero es también lo somático.

Gracias a este modelo, la psicología deja de ser ese «*incierto terreno*» del que nos hablara Freud, donde «*cada quien puede, a voluntad, hacer "caza furtiva"*»; donde no hay «*ningún respeto ni autoridad*»; donde «*todo filósofo, poeta, historiador y biógrafo se compone su propia psicología, aduce sus premisas particulares sobre la trabazón y los fines de los actos anímicos, todas más o menos atractivas y todas igualmente inciertas*» (1926e, pág. 180). Gracias a este modelo, el alma se transforma en algo más concreto; casi tan tangible como el cuerpo; el alma ahora tiene sus propios principios de funcionamiento, sus propias leyes. Y estas leyes se pueden aprender y enseñar. Lo que era incierto comienza a «ser cierto».

El alma arraigada en los procesos corporales sustituye, entonces, al alma equiparada con lo mental, al alma considerada como una misteriosa emanación del funcionamiento cerebral. Este cambio de paradigma que ha logrado hacer de la psicología una poderosa nación, no ha sido una conquista de una sola batalla. Como suele suceder en estos casos, no es extraño encontrar marchas y contramarchas; superposición de modelos y momentos de confusión; como resultado de esto, en la vastedad de la obra de Freud encontramos dos maneras distintas para definir a lo psíquico. Llamativamente, una predomina en la teoría y la otra en la práctica.

La primera viene heredada de ese terreno incierto que era la psicología antes de Freud; gestada seguramente en el dualismo cartesiano, y avalada por un consenso que aún tiene vigencia en nuestros días. En este primer modo de pensar, lo psíquico es equiparado con la idea, con la *res cogitans* de Descartes. Iluminada desde esta perspectiva, la oposición entre lo somático y lo psíquico es la oposición entre el cuerpo y la mente, entre la materia y la idea, entre lo real y lo imaginario, entre los hechos y los conceptos, entre la verdad y el mito, entre la física y la matemática. De esta concepción surge el prejuicio tan difundido de que lo psíquico no existe o, por lo menos, no existe como lo material; el caballo existe realmente, mientras que el centauro sólo existe en la imaginación. Es la diferencia entre lo presente y la evocación de lo ausente, o la diferencia entre el espacio real y el espacio imaginario. Lo psíquico es aquí el recuerdo, la memoria, la huella mnémica; es decir, la re-presentación de lo que alguna vez fue percibido como presente.

Desde este enfoque Freud se propone concebir teóricamente un aparato psíquico con la premisa fundamental de que este aparato pueda dar cuenta del distinguo entre percepción y memoria. A estos fines, concibe en su *Proyecto de psicología...* un grupo de neuronas pasaderas –que representen a la percepción y a las que llama  $\phi$ , aludiendo a lo «físico»– y otro de neuronas impasaderas

capaces de conservar un registro –que representan a la memoria y a las que llama  $\phi$ , aludiendo a lo «psíquico»–. O también el modelo, más simple, del peine que equipara a la percepción con la conciencia y al inconciente con las huellas mnémicas. Como sostuve en otra oportunidad, desde este enfoque donde lo psíquico es la representación, Freud concibe un psiquismo inconciente compuesto básicamente por un conjunto de representaciones. En este modelo de psiquismo inconciente no hay lugar para los afectos inconcientes ya que los afectos nacen de sensaciones que sólo podrían suceder en una conciencia de la cual, previamente, ha prescindido. En este psiquismo inconciente sin conciencia tampoco hay lugar para las pulsiones; solamente puede ser psíquica su agencia representante, que es su representación. Es un modelo en donde la serie placer-displacer, nunca termina de encontrar su lugar.

La otra manera de definir a lo psíquico surge menos de la teoría que de la misma práctica clínica. De observar y comprender lo que sucede en los pacientes histéricos, en las neurosis en general, o también la misma observación de la vida anímica normal, con sus fenómenos oníricos, sus actos fallidos y sus actos sintomáticos. O, como dijimos antes, de la observación de la evolución psicológica del niño a través de la lactancia, del control de esfínteres, de su inserción familiar y social... ; con sus fantasías, sus deseos y sus temores; tanto los conscientes como los inconcientes. En todo este conjunto de observaciones, lo psíquico no es el recuerdo sino el sentido; es decir, la meta, la intención, la finalidad, el motivo, la importancia, la investidura.

Iluminada desde esta perspectiva, la oposición entre lo somático y lo psíquico ya no es la oposición entre el cuerpo y la mente, sino entre el cuerpo y el alma; entre la materia y el significado, entre los hechos y las importancias, entre la realidad material y la realidad histórica, es decir, entre la física y la historia. No es la diferencia entre lo presente y lo ausente sino la diferencia entre lo presente y lo actual, entre el aquí y el ahora, entre el espacio y el tiempo. Si antes el distinguo lo establecíamos entre percepción y recuerdo, en este modo de concebir lo psíquico el distinguo lo hacemos entre percepción y sensación.

Si antes el modelo de aparato psíquico más simple que podíamos concebir era el peine que separa la percepción-conciencia de la huella mnémica inconciente, aquí podemos contraponer, por su análoga simplicidad, el modelo propuesto por Freud para dar cuenta del acto fallido: una moción contrastada consciente y una contrastante inconciente. El modelo metapsicológico basado en una serie de representaciones inconcientes claramente definidas junto a una mal definida «*catexis*» –que es sólo cantidad–, deja lugar aquí a una metahistoria implícita, donde el inconciente empieza a tener sentido porque hay afectos inconcientes y deseos inconcientes que establecen las importancias –o investiduras–. Aquí el inconciente no es un lugar, un conjunto de neuronas, un aparato o una cosa sino más bien una persona; un sujeto. Un sujeto que siente, que quiere, que teme y, sobre todo, un sujeto que *expresa* su sentir. En otras palabras, el psiquismo inconciente es un sujeto significante.

Desde este punto de vista, un acto fallido, un sueño o un síntoma se explican como una lucha entre dos personas distintas que, a la vez, son la misma; lo que una teme la otra lo desea; placer para un sistema y displacer para el otro, como decía Freud. Una de estas personas es consciente y la otra... también, sino no podría sentir y querer y luchar con la primera. Digamos entonces que ambas tienen conciencia, pero a la segunda la suponemos "ubicada" en lo inconciente de la primera. Una conciencia y una conciencia inconciente, luchando por un único polo motor: este es nuestro segundo supuesto fundamental. Hablamos entonces de una conciencia inconciente en el mismo sentido en que lo hacía Freud cuando hablaba de la conciencia inconciente de culpa.

Podemos volver atrás y quedarnos con la idea de que lo psíquico no es más que la representación, el recuerdo; pero si elegimos pensar, de acuerdo con Freud, que lo que mejor define a lo psíquico es el sentido, entonces no podemos renunciar a esta conciencia inconciente. Porque de hacerlo deberíamos renunciar también a un inconciente con afectos, con deseos, con importancias e investiduras; renunciar también a la idea de un inconciente que es sujeto significante. Sin ir más lejos, renunciar directamente a la idea de sentido inconciente, lo que equivale a decir que renunciamos a la idea de lo inconciente como algo psíquico. Porque si decimos que lo psíquico es el sentido, y entendemos que para que pueda haber sentido tiene que haber conciencia, entonces para poder hablar de un inconciente psíquico, forzosamente tenemos que suponer que ese inconciente tiene su propia conciencia.

Indisolublemente unido a esta concepción de lo psíquico como el sentido, está ese modelo natural del psiquismo del que hablábamos en el comienzo y que tanto ha enriquecido a la psicología. Porque, como ya consignamos, el sentido nace de la sensación y es justamente la sensación la que arraiga el psiquismo al cuerpo, dándole su sello de origen. No nos referimos al cuerpo que se puede percibir como un objeto materialmente presente sino al cuerpo vivo, animado; es decir, al cuerpo que tiene alma. Cuerpo y alma formando una unidad indisoluble.

Tan fecundo demostró ser este modelo freudiano del psiquismo que a partir de allí, y todavía hoy en la mayoría de los ámbitos psicoanalíticos, decir que algo es psíquico es decir que puede representárselo como proveniente de la libido oral, anal o fálico-uretral. Si un sujeto fuma, por ejemplo, para la mayor parte de los psicoanalistas, se trata un modo de gestionar las pulsiones orales. En esta misma dirección, por ejemplo, Garma intentó comprender la estenosis coronaria que sucede en el infarto cardíaco como un conflicto de la libido anal. Pero ¿por qué no seguir el camino conjeturado por Freud y, en lugar de limitarnos a lo oral, lo anal y lo fálico-uretral, no pensar también en lo respiratorio y lo cardíaco? ¿Por qué no franquear la barrera de los orificios, de las semimucosas, del nacimiento, y extender esas pocas zonas erógenas descritas por Freud a todo el cuerpo y obtener así un inmenso repertorio de funciones y sensaciones? ¿Por qué no hacer del alma una polifónica sinfonía corporal?

Este ha sido el camino elegido por nuestro grupo, compuesto por aquellos que supieron ver en las ideas desarrolladas por Luis Chiozza en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos* una puerta de entrada a una nueva aventura del psicoanálisis: el psicoanálisis del cuerpo animado. Y si quisiéramos describir el enriquecimiento que esta aventura ofreció al psicoanálisis, podríamos volver al comienzo de estas páginas y repetir lo dicho cuando mencionábamos la influencia enriquecedora que el psicoanálisis tuvo sobre la psicología. Y allí donde decíamos que la psicología de la conciencia, antes de Freud, sólo podía distinguir entre pensamientos, juicios y actos volitivos, ahora podríamos decir que antes de la obra de Chiozza, el psicoanálisis sólo podía distinguir entre lo oral, lo anal y lo fálico-uretral. Si con los primeros pasos de Freud, la psicología iniciaba una transformación hacia una nueva identidad de ciencia natural, con los desarrollos de Chiozza podríamos decir que esa transformación se ha completado.

Baste mencionar los actuales alcances terapéuticos del psicoanálisis como rama de la medicina –otrora insospechados–, para despejar cualquier duda acerca del fundamental enriquecimiento que estos desarrollos significaron para lo iniciado por Freud. Pero la interpretación psicoanalítica del trastorno orgánico, con toda su indudable importancia, no es el único enriquecimiento que nos han deparado estos desarrollos.

Hemos sabido escuchar al cuerpo y él, con su lenguaje, nos habló de un alma que no conocíamos. O si la conocíamos, la conocíamos de esa misma manera incierta e imprecisa de la que hablaba Freud cuando se refería a la psicología. ¿De qué otra manera habiéramos si quiera llegado a imaginar que, en el repertorio de afectos que componen el alma, existiría algo semejante a un sentimiento de impropiedad o de impertinencia? ¿Qué conjunto de improvisadas vaguedades habiéramos podido decir del sentimiento de condena, de acoso, de indolencia, de disconformidad o de descompostura, si el cuerpo no se nos hubiera ofrecido como modelo, prestando la carne necesaria para arraigar los límites y los alcances del concepto? Aunque pudiera parecer paradójico, gracias al cuerpo, por fin tenemos una ciencia del alma; aunque todavía muy joven.

Pero tampoco debemos pecar de entusiastas y pensar, injustamente, que todo lo que no conocemos a través del modelo natural de la psique es conocimiento incierto e impreciso. Hay muchas cosas del alma que, gracias al psicoanálisis, conocíamos bastante bien, aun antes de encontrar una correspondencia con el modelo natural; tal es el caso, por ejemplo del duelo, descrito primero por Freud y vinculado mucho más tarde con lo renal por Chiozza y Grus. Y también existen otros distritos del alma bien conocidos por los psicoanalistas pero cuya vinculación con el cuerpo sigue siendo para nosotros desconocida; mencionemos por ejemplo, a los celos, la culpa, la vergüenza, la venganza, la traición... sin ir más lejos el mismo complejo de Edipo como temática fundante, con toda su riqueza de matices.

De modo que podemos decir que junto a un modelo natural de la psique, también tenemos un modelo cultural; es decir, dos formas de comprender muy

distintas entre sí, pero no excluyentes sino complementarias la una de la otra. Así por un lado vemos el coito como el encuentro de las gametas y por el otro como el placer, el triunfo edípico; la especie y el individuo. Por un lado la filogénesis y por el otro la ontogénesis; lo universal y lo individual; lo heredado y lo adquirido.

Pero lo que intento destacar aquí no es la coexistencia de ambos modelos, sino que lo verdaderamente enriquecedor sucede cuando ambos modelos se complementan y fusionan. Ese ha sido, según creo, el papel del psicoanálisis: ofrecerse como «puente psicosomático» entre la psicología y las ciencias naturales. Aclaremos esto mejor: Cuando decimos que, en el modelo natural, a partir de un proceso del cuerpo comprendemos un análogo proceso del alma, es porque logramos aplicar a ese proceso corporal un modelo cultural; de eso se trata comprender. Por ejemplo: Cuando decimos que el funcionamiento de los linfocitos T representa la afirmación de una pertenencia es porque hemos sido capaces de representar esa función, que para la biología ocurre entre partes materiales del cuerpo, como si se tratara de vínculos que ocurren entre personas; entre sujetos que actúan guiados por una intención. Porque si lo psíquico es el sentido, comprender un «sentido» es comprender «a alguien que ha sentido». A esto me refiero cuando digo que la comprensión consiste en aplicar el modelo cultural; poder ver un «alguien», un sujeto.

Pero no es lo mismo el modelo cultural solo que el modelo cultural aplicado a lo natural; a esto nos referimos cuando hablamos de *psicología* natural. Porque si ese «alguien» no es también «algo» entonces no es nada; y si no es nada entonces no existe, no tiene «carne», no tiene realidad material. En otras palabras, si no tenemos al cuerpo para prestar su arraigo, lo psíquico vuelve a ser sólo el recuerdo; lo imaginario, lo que no es real. Lo que, por fin, termina volviéndose «incierto».

Para ver esto más claro, comparemos el tipo de comprensión del síntoma que nos ofrece el recuerdo, con aquella otra que nos ofrece el sentido; comparemos a la conversión mnémica –o resignificación secundaria– con la conversión simbolizante –o fantasía específica–. El concepto de conversión mnémica nos dice que el síntoma se ha anudado a un recuerdo del enfermo; un recuerdo propio, único e individual; pero no nos explica el por qué de ese enlace. Y si no podemos comprender por qué este particular síntoma se presta para representar a este particular recuerdo, tampoco podemos comprender, en su verdadera dimensión, todo el valor dramático de ese recuerdo; su verdadero sentido; la temática universal que allí se pone en juego. Uno, entonces, se queda con la sensación de que el enlace entre el síntoma y el recuerdo tiene algo de fortuito e inespecífico. Si este no es el principal obstáculo que la mayoría de las escuelas de psicología psicosomática psicoanalítica no han podido superar, debe acercarse mucho.

La conversión simbolizante o fantasía específica, en cambio, partiendo de un modelo natural, pone atención en la función corporal trastornada por el síntoma. A partir de allí, busca la cultura en la natura; es decir, busca «alguien»

en lo que hasta entonces sólo era «algo». Visto como «alguien que siente» la función corporal ahora se ve como la acción de ese «alguien»; una acción que persigue un propósito. Así, el síntoma adquiere sentido porque se convierte en la expresión de lo que «ese alguien ha sentido»; es decir, un afecto. Justamente el afecto contenido en el recuerdo al que el síntoma está anudado. Por eso decimos que el síntoma es el símbolo del afecto que el paciente ha reprimido.

Recién entonces, el cuerpo y el alma son una misma cosa, única e inseparable: un gesto. Es «algo» que a la vez es «alguien»; y al mismo tiempo es «alguien» que también es «algo». En este vaivén, la biología se hace psicológica y la psicología, a su vez, biológica. Lo somático es, entonces, lo psíquico genuino; y lo genuinamente psíquico, termina siendo lo somático.